



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

DON MANUEL Y TOMASA.

MANUEL.

Sí, Tomasa, la alegría
de Luisita me acobarda,
y me gusta á un mismo tiempo:
en la primavera grata
de la vida: en la dichosa
juventud, cuanto nos pasa,
otro tanto nos complace,
y nos gusta y nos encanta.
Entonces todos son goces,
y las acciones guiadas
por la amable inexperiencia,
respiran sólo confianza.
Entonces no ven los ojos
sino el objeto que agrada,

y los colores más negros
en suaves rosas se cambian.
Entonces, por fin, se vive,
y el amor y la esperanza
y el satisfecho deseo,
nos adulan y acompañan.
Pero ¿y luego? No hay remedio;
luego la dicha se cambia,
y los años se suceden,
y los prestigios se apartan.
Ahora, pues, Tomasa mía,
tu señora está entregada
á mil dulces ilusiones
sin temor, sin desconfianza:
temo, empero, que no tarde
el desengaño.

TOMASA.

¡Cachaza
igual no la vi jamás!
usted se queja, malgasta
todo su tiempo en arengas
que no le sirven de nada,
y no se acuerda siquiera
que con sólo dos palabras
puede remediar el mal.

MANUEL.

Ya es tarde.

TOMASA.

¿Y suya es la falta?
¿No es usted todo un tutor?

pues si conoce que el maula
de su sobrino no puede
hacer feliz la muchacha
¿por qué protege su amor?
casi, casi me dán ganas
de creer que nunca ha tenido
la pasión que demostraba
en favor de mi señora,
porque si no....

MANUEL.

Tú te engañas;
porque esa misma pasión
sólo es quien mis manos ata.
Mi propia delicadeza
me impone tantas y tantas
trabas en este negocio,
que para desenlazarlas,
ni es suficiente el deseo,
ni alcanza prudencia humana.
Si me opusiera á la boda
si de Luisita lograra
la mano, y luego la viese,
aunque tarde, disgustada,
¿cuál no fuera mi agonía?
¿y quién sabe si las faltas
de mi sobrino; no son
tan graves! puedo mirarlas
acaso con el antejo
del interés, y... en fin, Tomasa
bien conoces que ninguno
es buen juez en propia causa.

TOMASA.

Todo eso será muy bueno;
pero lo fijo es, que mi ama
se casará con don Carlos
y....

MANUEL.

Lo aciertas; hoy se trata
de firmar los esponsales,
y luego por la mañana
se casarán tempranito.

TOMASA.

¡Ay don Manuel! ¡qué desgracia!
¡cuánto compadezco á vd!

MANUEL.

No es mi suerte afortunada,
ciertamente; pero al cabo
con el tiempo y la distancia
quizá...

TOMASA.

¿Qué, se nos va vd.?

MANUEL.

Irme pienso á Salamanca
apenas se haga la boda,
y estarme una temporada;
á menos que tu señorita
no me necesite.

TOMASA.

Vaya,
no hay remedio, suelto el trapo.

MANUEL.

Pero mujer....

TOMASA.

Tantas ansias,
tantos afanes, señor.
¡mire usted en lo que paran!

MANUEL.

Tu afecto Tomasa mía
me interesa tanto....

TOMASA.

Pasman
las cosas que en favor vuestro
hice yo siempre....

MANUEL.

Mil gracias.

TOMASA.

Y semejantes servicios
en verdad, nunca se pagan
lo bastante.

MANUEL.

Si por cierto;
pero al menos toma y calla,
Tomasita, que un dolor
tan sin interés traspasa.

TOMASA.

Por supuesto; mas al cabo
con llorar nada se alcanza:
será fuerza consolarme.

MANUEL.

Harás bien.

TOMASA.

Y pues me aguarda
sin duda, la Señorita,
me voy á ver si me manda
alguna cosa, y de paso
puede ser me atreva á darla
la enhorabuena, pedirla
albricias, aunque con rabia.

ESCENA II.

DON MANUEL *solo*

MANUEL

¡Lo que tarda este muchacho!
Bien sabe Dios que me escama
la bagatela menor,
en aquesta circunstancia.
¡Ay Carlos! yo te perdeno
tus imprudencias pasadas,
y mi hacienda y mi cariño
te lo prueban á las claras;
pero si nuevas locuras
comprometen de mi amada
pupila el dulce sosiego,
prometo no perdonarlas,
y que mi cólera entonces
sobre tí sañuda caiga...
mas aquí viene Perico.

ESCENA III.

DON MANUEL Y PERICO.

MANUEL.

Oyes, Perico.

PERICO.

¿Quién llama?

MANUEL.

¿Dónde está tu amo?

PERICO.

No ha vuelto
todavía.

MANUEL.

¿Y dime, la casa
no sabes del retratista?

PERICO.

No señor

MANUEL.

Esta tardanza
no sé qué diablos indica.

PERICO.

¿No sabe usted que se tarda
doble tiempo en retratar
narices á la romana,
como son las de don Carlos,
que sí las tuviese chatas?

MANUEL.

Mira, Perico, te encargo
no te muevas de esta sala,
y le dirás, cuando vuelva,
que por la Virgen no salga,
porque á las cuatro se firman
los esponsales.

PERICO.

¡Pues anda!
ya dieron las tres y media.

MANUEL.

Que no se duerma en las pajas,
y advierta que aunque su novia
está muy enamorada,
las mujeres son capaces
de todo, si las desairán.

ESCENA IV.

PERICO *solo.*

PERICO.

Tiene razón, y conozco
más de tres, que si se hallaran
en igual caso, le dieran
á su novio calabazas.
¡Bonitas son las mujeres!
Dígalo, si no, Tomasa,
el día que me entrecogió
en el pasillo, y, , , , ¡Mas calla!

¿No es don Carlos el que sube
la escalera? . . . ¡Cómo salta
de tres en tres escalones! . . .
Las orejas apostara,
según lo alegre que viene,
á que ganó cien medallas.

ESCENA V.

DON CARLOS Y DICHOS.

PERICO.

¡Gracias á Dios que volvemos
á ver á vd.! ¡Yo pensaba
según lo tarde que viene,
que por allá se quedaba.

CARLOS.

Y siete, sesenta y tres
onzas; vamos, no fué mala
la corazonada, no.

PERICO.

Su tío de vd. acaba
de decirme, que cuidado
no se marche vd. de casa,
porque tiene que firmar
los esponsales.

CARLOS.

¡Caramba!
y si no tomo aquellas

por mayor... sí que ganaba
otras veinte....

PERICO.

Tomasilla

me dijo que....

CARLOS.

Me alegrara,
como soy, que los Licurgos
de una vez nos declararan
si el tal as era mayor
ó menor.

PERICO.

Su ama extrañaba
que usted no la hubiese vuelto
á ver desde esta mañana.

CARLOS.

¡Toma, toma y las diez onzas
de Jacinto se olvidaban;
ya son, pues, setenta y tres.

PERICO.

No hay duda que la muchacha
está por vd. perdida,

CARLOS.

Pero di, ¿qué es lo que charlas?
¿Qué estás hablando entre dientes?

PERICO.

Digo sólo que me pasma
el cariño que os profesa
la novia.

CARLOS.

Me alegro. (*distraído*)

PERICO.

Vaya:

no es vd. muy expresivo.

CARLOS.

En realidad siempre agrada
verse querido....

PERICO.

¡Jesús!

cualquiera que os escuchara
hablar con tanta frialdad,
creyera que ya casada
se encontraba doña Luisa.

CARLOS.

Siempre el pecho la idolatra;
pero con todo, Perico,
si quieres que te hable en plata,
hice algunas reflexiones.
cuyo resultado....

PERICO.

¡Calla!

¿y fué en la casa de juego?

CARLOS.

Conozco que por desgracia,
no nací para casado:
mujer, chiquillos, criadas,
arreglos, economías,

son para mi unas palabras,
que si digo lo que siento,
me entristecen y me espantan.
Luego, me gusta infinito
la libertad.

PERICO.

Y comparsa.

CARLOS.

Porque, en fin, no nos cansemos:
vida más afortunada,
que la de un buen jugador,
no se encuentra.

PERICO.

Cuando gana.

CARLOS.

Entre once y doce se viste,
se compone, se acicala
y va á la Puerta del Sol
á manifestar sus gracias.

PERICO.

Pero antes

CARLOS.

Antes ya ha visto
en su escalera, una escuadra
de sastres, de zapateros.
y gente de toda casta
que con dos mil reverencias
y palabras estudiadas
le piden obra

PERICO.

Y dinero.

CARLOS.

Después á las dos se marcha.
juega un poco, gana y come
en la fonda que es más cara;
casi siempre acompañado
de unos cuantos camaradas.

PERICO.

¡Toma! De aquellos que fueron
á buscarle las barajas,
ó le trajeron dinero,
ó le avisaron la carta
que se daba y que se dió.

CARLOS.

A las cinco el Prado aguarda
y en él cinco mil bellezas
que le admiran y le inflaman.
Una le mira al soslayo,
otra tose cuando pasa,
y la tercera le dice
al descuido dos palabras.

PERICO.

Siempre han sido las terceras
las primeras que nos hablan.

CARLOS.

El café, teatro y visitas
ocupan las horas largas

de la primera noche, y cuando
los más se van á la cama,
él se va tranquilamente,
y en jugar la noche pasa:
allí sí, todo conspira
en su favor, todo cambia,
y en sus manos venturosas
el cobre se vuelve plata.

PERICO.

Y el oro, señor Don Carlos,
se vuelve en sus manos.... nada

CARLOS.

Luego te juro, Perico,
que yo ignoro por que causa
al juego le llaman vicio,
ni sé por que le señalan
tampoco como el origen
de otros mil que le acompañan,
¿Puede haber nada que exija
más filosofía? ¿más calma?
¿más desinterés? ¿más fina
educación ni crianza?

PERICO.

¿Sobre todo, en los mirones?

CARLOS.

El juego á todos iguala:
sexos, rangos, jerarquías,
opiniones, circunstancias,
se ocultan y desvanecen

delante de cuatro cartas;
y el rufián, como el señor.
lo mismo puede ganarlas,

PERICO.

Sin embargo, pongo siempre
por el rufián.

CARLOS.

¡Ah, bien haya,
bien haya el juego mil veces!

PERICO.

Pues según vd. le aclama,
debía de favorecerle
en esta postrer campaña;
y así fuera de opinión.
que luego se rescata
el pobrecito retrato.

CARLOS.

Si, si.... veremos.

PERICO.

¿No aparta
vd. por si acaso, un poco
de la bendita ganancia?

CARLOS.

Hombre, me prueba tan mal
esto de apartar....

PERICO.

Se salva
algo siempre.

CARLOS.

Vaya, toma,
y esas diez onzas separa.

PERICO.

¿Quiere vd. que de ellas cobre
mis salarios?

CARLOS.

Noramala
para tí: ¿pues qué te debo?

PERICO.

¿Y qué me pagó vd.?

CARLOS.

Carga
esa deuda con las otras;
pues todas debe pagarlas
don Manuel.

PERICO.

¡Si viera vd.
en que moneda las paga!
¡Pero ay Dios! Que vienen sastre
y zapatero.

CARLOS.

¡Mal hayan
entrambos impertinentes!
Haz, Perico, que se vayan,
lo más pronto que tú puedas.

PERICO.

¿Sin darles nada?

CARLOS.

Ni blanca;
mas ofrezco, si esta noche
gano, pagarles sin falta.

ESCENA VI.

DICHOS EL ZAPATERO Y EL SASTRE.

CARLOS.

¡Ola señores que es esto!
¿tanto bueno por mi casa?

ZAPATERO

Pues si no dejamos la ida
por la venida.

CARLOS.

Mil gracias;
peao siento se incomoden
ustedes.

ZAPATERO

Esta mañana
nos dijo el señor Perico....

CARLOS.

¿Traen vds. arregladas
las cuentas?

SASTRE.

Si señor.

CARLOS.

Vengan

¿Perico?

PEFICO.

¿Señor?

CARLOS.

Me basta

que esta buena gente muestre
la prudencia y la cachaza
que muestra, para que yo
determine que pagadas
sus deudas al punto sean:
por la tanto, toma y guarda
con cuidado esos papeles,
para cuando dinero haya.

ZAPATERO.

Es el caso que yo tengo
mi parienta embarazada,
y en vísperas de parir.

CARLOS.

¡Pobrecital!

ZAPATERO

Y si se hallara

vd. en tal situación,
sin envolturas ni fajas...
como yo me encuentro, sé
muy bien que no se dejara
alucinar con promesas
que no serán realizadas.

CARLOS.

Maestro, no tengo un cnarto.

PEFICO.

Hace un siglo, camarada,

que no sabemos que cosa
es moneda

SASTRE.

Mi Colasa,

si el señor no lo remedia,
se casa en esta semana,
y....

CARLOS.

¡Oiga se casa la chica?

SASTRE.

Ya se vé, y como se casa,
necesitamos dinero
para comprarla una saya
y una peineta de cuerno
y otras muchas zarandajas,
sin las cuales nunca hay boda
en mi barrio.

CARLOS.

Me alegrara

infinito que...:Perico,
esta gente no se marcha?

ZAPATERO.

De todos modos, señor,
no me muevo de esta sala
sin dinero.

SASTRE.

Ni yo.

CARLOS.

¡Cómo
se entiende!....

SASTRE.

Señor.

CARLOS.

Canalla,
insolentes....

SASTRE.

¡Insolencia
á pedir lo nuestro. llama?

CARLOS.

Idos pronto: ¿qué, no hay más
que venir con amenazas?
idos pronto.

ZAPATERO.

Ya lo dije:
sin dinero, ni á estocadas
salimos del aposento.

CARLOS.

¡Bribones!....

SASTRE.

Vd. se cansa
en balde con sus dicerios,
porque....

CARLOS.

Dame una espada,
Perico

SASTRE.

Ay cielos ¡que pide
una espada!

ZAPATERO.

Ay ¡que nos mata!

PERICO.

Callen ustedes, por Dios,
hasta que vaya á buscarla.

ESCENA VII.

DON MANUEL Y DICHOS

MANUEL.

¿Qué voces, qué ruido es éste?
Carlos, y tú no reparas
que....

CARLOS.

No señor, no reparo
en nada cuando me faltan.

ZAPATERO.

Nosotros sólo pedimos
lo nuestro.

CARLOS.

Pues eso basta
y sobra para irritarme

MANUEL.

Pero en fin ¿cuál fué la causa
del disgusto?

PERICO.

Una friolera:
ciertas cuentas atrasadas
que tienen estos señores
con mi amo, y se empeñaban
en que les pagase ahora.

CARLOS.

Y como yo me encontraba
sin un real...

MANUEL.

¡Ya estoy! ¿por eso
los insultas y maltratas,
después que te sirven ellos?
la tactica es soberana,
no hay duda... y luego, en un día
como el de hoy, te desmandas
y gritas y representas
en tan ridícula farsa.
sin acordarte que pueden
la señora ó la criada
entrar por casualidad
en tu cuarto y preseneiarla.
Cierto que tales principios
buena opinión te acarrearán;
y para la sucesivo
dieran lindas esperanzas.
En fin, pongamos remedio:
vengan ustedes.

CARLOS.

¿Qué trata
vd, de hacer?

MANUEL.

¿Qué? Pagarles.

PERICO.

No hiciera más Sancho Panza.

MANUEL.

Mira que son ya muy cerca
de las cuatro; y que no salgas,
pues vuelvo en cuanto despache
esta buena gente.

ESCENA VIII.

DON CARLOS Y PERICO.

PERICO.

Vaya,
el sermoncito fué bueno.

CARLOS.

Anda con Dios; pues que paga,
no importa un pito predique
hasta pasado mañana.

PERICO.

Pero teniendo el bolsillo
atestado de oro y plata,
¿es posible que tuviese
vd. tan duras entrañas,
que diese lugar á tanto
alboroto, á tanta zambra,
pudiendo muy bien pagarles?

CARLOS.

Y mentecato ¿lo extrañas?
¿No sabes cuán fácilmente
los jugadores se azaran?

PERICO.

¿En pagar?

CARLOS.

Más que en deber.

PERICO.

Pues entonces, no me espanta
si tantos hombres de bien
en pagar sus deudas tardan,

CARLOS.

¡Válgate Dios por Jacinto,
qué plomo es!

PERICO.

¡Santa Susana!

¿Ha de venir don Jacinto?

CARLOS.

Le espero con vivas ansias,
pues tengo hambre.

PERICO.

¿Qué está vd.
sin comer?

CARLOS.

Una tostada
comí sólo de manteca,
en pie, de prisa y sin gana;

pero Jacinto habrá ya
avisado en la Fontana
y nos tendrán prevenida
una mesa delicada.

PERICO.

¿Y la firma?

CARLOS.

Firmaré

antes de irme.

PERICO.

¡Linda gracia!

¿con que vd. firma su boda
como quien píldoras traga?
esto es á salir del paso.

CARLOS.

Ya está aquí Jacinto.

ESCENA IX.

DON JACINTO Y DICHOS.

CARLOS.

Gracias

por el plantón.

JACINTO.

Ríñeme ahora

y otra cosa no faltaba,
después que nunca en mi vida
merecí más alabanzas.

CARLOS.

¿Tú alabanzas?

JACINTO.

Si supieras
el festín que nos aguarda,
¡mejor lo confesaría!

CARLOS.

Cuenta, cuenta.

PERICO.

¡Gran hazaña! (*aparte*)
para pedir de comer
con ganas de comer basta.

CARLOS.

Ya lo verás: y tenemos
convidado.

JACINTO.

¿Quién? ¿la Juana?

JACINTO.

No por cierto: don Francisco,
el físico; atravesaba
la calle, y yo le llamé
por que ya ves, nunca daña
y antes nos conviene mucho
tenerle contento, para
los lancesillos de honor.

CARLOS.

Dices bien.

JACINTO.

¡Ah! Me olvidaba
decirte, que vi á don Pedro
en la fonda: está que salta
y no puede digerir
aquel ganarán de marras:
el de los doces.

CARLOS.

Paciencia,
amigo: ¿no me acababa
de ganar albur y entrés?

JACINTO.

Ahora mismo se marchaba
con el bocado en la boca,
á tallar treinta medallas
que le prestó no sé quien.

PERICO.

Buen plus café.

CARLOS.

Me dan ganas
de que fuésemos allá,
y de pagarle otra entrada
antes de comer.

JACINTO.

¡Qué idea
tan divina!

CARLOS.

Pero en planta
no puede ponerse, no.

JACINTO.

¿Es pavura?

CARLOS.

No, te engañas:
es que tengo que firmar
un papel....

JACINTO.

¡Qué patarata!
luego lo firmas.

CARLOS.

No puedo;
y aunque se empeñara el Papa
á las cuatro he de firmarle

JACINTO.

Pero, Carlos, si aun te faltan
doce minutos y medio....

CARLOS.

¿Es de veras?

JACINTO.

Mi palabra
de honor.... Nos sobra así tiempo,
para ir en cuatro zancadas
llegar, copar, y volvernos
antes de la hora indicada.

CARLOS.

Pues si ha de ser, luego sea.

PERICO.

Pero señor ¿y si os llaman?

CARLOS.

Ya estaré entonces de vuelta.

PERICO.

Y si el tío....

CARLOS.

¡Qué machaca!
dile que me fuí al correo
por una maldita carta.
Vamos.

JACINTO.

Vamos.

CARLOS.

¡Ah fortuna!
Te levantaré una estatua
si se dá contrajudía
en puerta, á la primer talla.

ESCENA X.

PERICO, *solo.*

PERICO.

¡Jesús, Jesús y qué locos!
Cabezas destornilladas
he visto; pero las suyas
les ganan con quince y falta.
¿Qué dirá cuando lo sepa
don Manuel? ¡Qué zalagarda
debe armarse! Y tú, Perico,

en tan desecha borrasca,
¿qué partido tomarás?
Toma, el de la gente sabia:
lavarte las manos, y
al son que te toquen baila.

ESCENA XI.

DICHO Y DON MANUEL.

MANUEL.

¿Qué, se fué ya?

PERICO.

Le avisaron
que en la lista de atrasadas
cierta cartita tenía
y en un brinco fué á sacarla.

MANUEL.

¡Qué carta, ni qué demonio!
Marcha pronto, y si le alcanzas,
prometo darte un doblón.

PERICO.

¿Calesero?

MANUEL.

¿Qué te paras?
Mira que si no se vuelve
la burla te cuesta cara.

ESCENA XII.

DON MANUEL Y TOMASA.

TOMASA.

El escribano os espera.

MANUEL.

¿El escribano? ¡Ya escampa
anda y dile que ya voy!
pero no, mira Tomasa
que le saquen chocolate:
con eso, si el poble aguarda,
que al menos bebido sea.

TOMASA.

Está muy bien.

ESCENA XIII.

DON MANUEL *solo*.

MANUEL.

¡Virgen santa,
si de esta escapo con juicio
de cera ofrezco una jaula!